

INTRODUCCIÓN

LA MUSA ENCINTA

El presente libro surge de un interés en profundizar en el diálogo entre las diversas formas de ficción en la España de los siglos XVI y XVII y los avances coetáneos en el ámbito de la ciencia y la tecnología. Constituye la segunda entrega de una trilogía de estudios que se detiene en las tres áreas del conocimiento científico más relevantes y estudiadas de la temprana modernidad —astronomía, medicina y mecánica—, continuando así la propuesta inaugurada con *La musa refractada. Literatura y óptica en la España del Barroco* (2014). Me enfoco en este segundo proyecto, como hice en el primero, en una parcela concreta, a saber, la que entendemos modernamente como obstetricia, pero que en su momento carecía de esta acuñación al no ser aún considerada una disciplina.¹ Al mismo tiempo, concibo el término *narrativa* no solo como escritura de ficción, sino también como reflexión crítica sobre el mismo campo literario, en el cual fue muy común la presencia de metáforas reproductivas y biológicas para hablar sobre procesos de creación, de recepción, de influencia e incluso de plagio. A través de

1. En su clásico estudio, José María López Piñero escribió que “La medicina es, con gran diferencia, el área de la actividad científica española del siglo XVI que más trabajos históricos ha motivado”. “Ello se debe”, añadió, “a que la historiografía médica es la única vertiente de la investigación histórica de la ciencia que ha llegado a institucionalizarse en nuestro país”; en *Ciencia y técnica en la sociedad española de los siglos XVI y XVII*. Barcelona: Labor, 1979, p. 308.

este diálogo —o gracias a él— rescato una fascinante historia de convivencias y tensiones, de préstamos y desplazamientos que ofrecen un retrato de las letras aurisculares mucho más conectado con el discurso médico de lo que antes se había concebido y, por tanto, mucho más poroso y poliédrico. Un retrato que, a grandes rasgos, coincide con el periodo que conocemos como la España de los Siglos de Oro y que, en los capítulos que presento a continuación, cubrirá gran parte de sus años decisivos y sus plumas más excelsas.

La idea de escribir una trilogía como esta me ha brindado la oportunidad de adquirir un mejor conocimiento de la cosmovisión renacentista y barroca, incluyendo lo que considero una muy reveladora y poco estudiada relación entre los ingenios áureos y la mal llamada ‘Revolución Científica’, de la cual tanto se ha escrito desde el campo de la historia y la filosofía. Si la fértil y caleidoscópica *musa refractada* me condujo a formular nuevas preguntas en torno a los puntos de contacto entre ficción y óptica, esta *musa encinta*, que inunda el canon literario con numerosas imágenes de alumbramientos, me abrirá nuevos caminos no menos esclarecedores, nuevas formas de situar a dramaturgos, novelistas y poetas en el entorno institucional con el que convivieron, ya fuera o no académico. Las páginas venideras trazarán conexiones apenas exploradas —y en algunos casos incluso desconocidas— entre dos ámbitos que compartieron en estas décadas un afán por hacerse viables en la cultura impresa. Espero, con ello, iluminar las razones por las cuales el momento axial del parto se convirtió en un tema literario tan seductor y en una metáfora tan versátil a la hora de hablar del proceso de creación tanto artístico como biológico; un envite narrativo, por otra parte, que devino herramienta para expresar también una serie de inquietudes políticas en torno al correcto funcionamiento de la familia y el aparato de poder, incluyendo las relaciones entre escritura y determinados parámetros de género y clase, de raza y religión. Este acercamiento me permitirá, además, examinar al detalle los momentos —inequívocamente controvertidos— que acompañaron a este proceso: la gestación y embarazo, la lactancia y, en general, la construcción de lo materno como experiencia vital, pero también como fértil herramienta del lenguaje figurado. A fin de cuentas, escribir sobre el acto de dar a luz y criar al recién nacido —los dos procesos que juntos configuraron la noción de maternidad en casi toda la Europa de estos años— permitió a Cervantes y a sus contemporáneos inda-

gar en los límites de la expresión poética. Permitió, igualmente, visitar nuevos universos contruidos con un vocabulario y una imaginería nueva para lo que no dejaba de ser un acontecimiento social repetido y rutinario en una sociedad que fue testigo de transformaciones demográficas de una magnitud nunca vista hasta el momento.

Este diálogo, que se fundamentó en la incorporación de elementos de la medicina en las letras áureas, así como en la integración de instrumentos y herramientas tomadas de la ficción en las estrategias narrativas y poéticas de los tratados médicos del momento, constituye en sí mismo un campo de estudio apenas examinado. Es un territorio, además, que ofrece un potencial hermenéutico sin límites, como ha dado cuenta la acuñación *ficción médica* (*medical fiction* en el mundo anglosajón), la cual parece haber encontrado ya su lugar definitivo en la crítica cultural del nuevo siglo.² La profesión médica está presente en todas las modalidades principales de las letras barrocas, que a menudo exploran el lado cómico de los sanadores que nada curan y que, en ocasiones, incluso acaban con la vida del paciente. Recuérdese, por ejemplo, el término *matasanos* en su larga genealogía de sospecha, con usos de todo tipo que han llegado a nuestros días. Los cirujanos de las letras auriseculares se enfrentan a continuos desafíos —incluyendo los del propio honor, como nos recuerda Calderón de la Barca en *El médico de su honra* (1635)—, aunque algunos de estos retos, cabe recordar, derivan de una práctica científica en continuo cambio. Serán estas transformaciones las que condimenten las páginas de ficción y no ficción con numerosas novedades que resultan de la apertura de mercados y con la llegada a la Península Ibérica de nuevos objetos y sustancias.

-
2. El marbete se encuadra en ocasiones dentro de la rúbrica de *Medical humanities*. El trabajo pionero del crítico Sander L. Gilman constituye un excelente punto de partida, como por ejemplo su *Picturing Health and Illness: Images of Identity and Difference*. Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1995. Para un desarrollo más reciente, véanse, como botón de muestra, los libros de Katherine E. Kickel, *Novel Notions: Medical Discourse and the Mapping of the Imagination in Eighteenth-Century English Fiction*. New York: Routledge, 2007; y Anne Whitehead, *Medicine and Empathy in Contemporary British Fiction: An Intervention in Medical Humanities*. Edinburgh: Edinburgh University Press, 2017. Para un primer acercamiento metodológico al estudio del parto en las letras áureas, véase Paula Casariego Castiñeira, “Literatura y parto en la Iberia de la temprana modernidad: apuntes para una propuesta de corpus y análisis de fuentes literarias”. *Hipogrifo: Revista de Literatura y Cultura del Siglo de Oro* 6. 1 (2018): 417-431.

Dichas propuestas permiten que este libro se abra entonces a preguntas de las que apenas existe bibliografía. Los trabajos existentes sobre este fenómeno han incidido, por lo general, en tal o cual representación literaria del médico o de una enfermedad concreta, a veces alejados de su contexto socio-histórico y ajenos a las tensiones y controversias que definieron estos dos siglos en los que la medicina se vio frecuentemente rodeada de un halo de sospecha. A pesar de que apenas se han publicado monografías de verdadero calado desde los trabajos de Agustín Albarracín Teulón e Ivonne David-Peyre,³ no volveré en estas páginas a la ya estudiada figura del galeno.⁴ Quiero, por el contrario, centrarme en dos agentes de la profesión médica que me resultan capitales, a saber, las matronas y las nodrizas, que a su vez

-
3. Véanse, respectivamente, *La medicina en el teatro de Lope de Vega*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas/Instituto 'Arnaldo de Vilanova', 1954; y *Le personnage du médecin et la relation médecin-malade dans la littérature ibérique, XVI^e et XVII^e siècles*. Paris: Ediciones Iberoamericanas, 1971. Ya fue Pierre Darmon quien iluminó en un estudio magistral las múltiples facetas del fenómeno de la procreación en el Barroco en su *Le mythe de la procréation à l'âge baroque*. Paris: J. J. Pauvert, 1977.
 4. Véanse, por ejemplo, Florencio L. Pérez Bautista, "La medicina y los médicos en el teatro de Calderón de la Barca". *Cuadernos de la Historia de la Medicina Española* 7 (1968): 149-245; Maxime Chevalier, "Le médecin dans la littérature du Siècle d'Or". *Le Personnage dans la littérature du Siècle d'or: statut et fonction*. Paris: Editions Recherche sur les Civilisations, 1984, pp. 21-37; María del Carmen Simón Palmer, "Hipócrates y Galeno en el teatro del Siglo de Oro". *Tes Philias Tade Dora: Miscelánea léxica en memoria de Conchita Serrano*. VV. AA. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1999, pp. 523-534; Francisco Florit Durán, "Médicos y comedia del Siglo de Oro: de la tradición oral a unos ejemplos en Tirso de Molina". *Homenaje al profesor Juan Torres Fontes*, 2 vols. Murcia: Universidad de Murcia, 1987, vol. I, pp. 505-514; Hendrik Schlieper, "Matasanos y salvador. El médico y la medicina como variaciones teatrales en Calderón". *Calderón y su escuela: variaciones e innovación de un modelo teatral*. Manfred Tietz y Gero Arnscheidt, eds. *Archivum Calderonianum*, tomo 12. Stuttgart: Franz Steiner Verlag, 2011, pp. 461-481; Pedro R. García Barreno, "De médicos y medicina en la obra de Lope". Prólogo al catálogo de la Exposición *Es Lope*, del 25 de noviembre de 2014 al 1 de febrero de 2015 en la Casa Museo Lope de Vega de Madrid, pp. 37-55; María Rosa Álvarez Sellers, "Médicos reales y metafóricos en el teatro del Siglo de Oro". *eHumanista: Journal of Iberian Studies* 39 (2018): 122-136; y María Luisa Lobato, "La representación del doctor en el teatro breve del Siglo de Oro". *eHumanista: Journal of Iberian Studies* 39 (2018): 137-154; María Luz López Terrada, "'Como saludador por barras de fuego entrando'. La representación de las prácticas médicas extraacadémicas en el teatro del Siglo de Oro". *Estudis* 38 (2012): 33-53.

me conducirán a la figura del padre como componente integral de la iniciativa masculina en la sociedad barroca. Estas dos figuras aparentemente menores en las letras áureas hacen del proceso de alumbramiento un fascinante objeto de análisis, tal y como ha sido sugerido en fechas recientes desde el campo de la historia de la medicina por especialistas como Montserrat Cabré y Teresa Ortiz,⁵ y desde la historia cultural por el grupo de investigación que lidera Wolfram Aichinger.⁶

Me interesa, por tanto, examinar cómo el dar a luz se abstrae de sus condiciones materiales para recibir entonces una serie de códigos sociales y literarios que operan en el centro de numerosas ficciones médicas del momento. A través de piezas de Juan de Timoneda, Miguel de Cervantes, Alonso de Salas Barbadillo, Lope de Vega, Juan Pérez de Montalbán, Luis Vélez de Guevara y Francisco Santos, entre otros, acudiré a ciertos debates teóricos existentes en campos tan dispares como el de la historia de la medicina, de estudios literarios y culturales, así como de ciertas intervenciones provenientes del feminismo más reciente. Esto me dará la oportunidad de examinar todas aquellas reverberaciones significativas —en la mitología, folklore, religión, así como en la anatomía, astrología y óptica— que formaron el tejido de estas obras. Ejemplos como *La señora Cornelia* (1613) de Cervantes o *El Diablo Cojuelo* (1641) de Luis Vélez de Guevara nos revelarán un cuerpo en tránsito que es al mismo tiempo privado y ceremonial, íntimo y compartido. Pero lo que en última instancia nos mostrarán será una participación en algo que para fin de siglo será ya casi normativo, a saber, el desplazamiento de la parturienta de la trama literaria y su sus-

-
5. Montserrat Cabré y Teresa Ortiz, eds., *Sanadoras, matronas y médicas en Europa, siglos XIII-XX*. Barcelona: Icaria, 2001; Teresa Ortiz, “La educación de las matronas en la Europa Moderna: ¿liberación o subordinación?”. *De leer a escribir: la educación de las mujeres, ¿libertad o subordinación?* Cristina Segura Graiño, ed. Granada: Asociación Cultural Al-Mudayna, 1996, pp. 155-170; y, de la misma autora, “From Hegemony to Subordination: Midwives in Early Modern Spain”. *The Art of Midwifery: Early Modern Midwives in Europe*. Hilary Marland, ed. London: Routledge, 1993, pp. 99-106. Para el contexto europeo, véase Leigh Whaley, *Women and the Practice of Medical Care in Early Modern Europe, 1400-1800*. Houndmills, Basingstoke: Palgrave MacMillan, 2011, en especial los capítulos 5 y 6 (pp. 91-130).
 6. El enlace es <<https://homepage.univie.ac.at/wolfram.aichinger/php/wordpress/kulturgeschichte-des-gebarens-und-der-geburt-im-17-jhdt-in-madrid/>>. El Proyecto tiene como título “The Interpretation of Childbirth in Early Modern Spain”. FWF Austrian Science Fund, P 32263-G30.

titución por agentes como cirujanos, parteras y nodrizas —o, incluso, en casos contados, de figuras anónimas que ayudarán de forma espontánea a la madre en ciernes—. Asimismo, los escritores que circulan por *Signos vitales* participaron en uno de los debates más candentes en la Europa del momento, como fue el de la comercialización del cuidado médico, en la medida en que la leche materna se había convertido en un bien comercial cuyo valor variaba, como indico más adelante, en calidad, cantidad y disponibilidad. Veremos así como Salas Barbadillo, por ejemplo, se quejó en su novela *Don Diego de noche* (1623) de que “hasta los pechos se alquilan”.⁷ En textos como este, la transferencia del neonato a un nuevo medio presidido por el padre o por una agente externa como la matrona conducía también a una reflexión en torno a un conflicto que estaba definiendo el concepto de maternidad renacentista. Era esta la época en que los médicos, teólogos y letrados asociados al tribunal real del Protomedicato empezaron a ganar terreno, en parte favorecidos por asuntos como el gran número de abortos que en algunos casos acabaron con la vida de la parturienta. Pero había también una preocupación de otro cariz: mientras que la paternidad aseguraba al hombre ser responsable de su descendencia, el parto involucraba a una tercera persona que desplazaba al padre a la periferia. Este desplazamiento tenía, como se sugerirá en el final de la aventura séptima de *Don Diego de noche*, repercusiones económicas dado que, solo mediante la vigilancia y control del proceso reproductor, el nombre y la propiedad paterna podía ser transferida de una generación a otra. Como resultado, no hubo diana más atractiva para la sátira del tiempo que el cornudo, no solo como tipo social, sino también como síntoma del correr de los tiempos. Del ideal de la perfecta casada al interés por lo económico, el nacimiento estuvo siempre, discuto en este libro, en el centro de los debates en torno a la salud de la nación.

SIGNOS VITALES

Los ocho capítulos de *Signos vitales* se agrupan en tres partes, “Contextos (1500-1586)”, “Intervenciones (1580-1670)” e “Imágenes

7. *Don Diego de noche*. Enrique García Santo-Tomás, ed. Madrid: Cátedra, 2014, p. 327.

(1613-1698)”, seguidas de la Conclusión, la Bibliografía y un Índice onomástico. Estas secciones se completan con una selección de ilustraciones que se integran en el hilo argumental de forma más o menos explícita. El primero de los capítulos, titulado “Prácticas”, diseña un recorrido histórico que cubre las diferentes percepciones de la figura de la partera y la nodriza en la Edad Media y el Renacimiento. La primera sección se centra en el contexto europeo, repasando algunas de las piezas más relevantes tanto de la escritura de ficción como pertenecientes al universo médico, mientras que la segunda parte del capítulo enfoca su lente de análisis en la Península Ibérica, en sus manifestaciones autóctonas tanto como en las traducciones de títulos provenientes del extranjero. Dichas prácticas, sostengo en estas páginas, nos ofrecen una visión no siempre uniforme de estas mediadoras en lo referente a su reputación social, aunque sí es cierto que revelan una muy cierta uniformidad a la hora de pensar en los miedos y rechazos que produjeron en familiares, vecinos y en las autoridades que buscaban su regulación, ya fuera en España o fuera de ella. Lo que más me interesa de este primer capítulo es señalar el paulatino desplazamiento de este colectivo femenino por parte de una serie de agentes e instituciones que progresivamente fueron, en palabras de Monica H. Green, ‘masculinizando’ la profesión y, en particular, todo lo concerniente a la práctica ginecológica.⁸ Desde estos contextos surgieron los debates posteriores que tanto influyeron en el siempre mudable concepto de familia, en el papel de la mujer en su sociedad y en el rol de la maternidad tanto en el plano material como espiritual. Estas tensiones suscitaron una serie de preguntas que iban a definir numerosas obras de ficción en estos siglos. La controvertida imagen de la partera y la nodriza, como examino en el capítulo siguiente, fue el centro de numerosas narrativas, empezando en las Sagradas Escrituras con una serie de momentos muy sintomáticos de su desigual reputación.

Es la Biblia, por tanto, el punto de arranque del segundo capítulo, “Mediaciones”. Las escenas que comento brevemente —pues son ya de sobra conocidas— sirven para sentar las bases de una serie de

8. Véase su influyente *Making Women's Medicine Masculine: The Rise of Female Authority in Pre-Modern Gynaecology*. Oxford: Oxford University Press, 2008. Sobre estos desplazamientos en la Península Ibérica, véase Enrique Fernández, “Tres testimonios del control y desplazamiento de las comadronas en España (siglos XIII al XVII)”. *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos* 32. 1 (2007): 89-104.

apreciaciones sobre el quehacer y la capacidad transformativa de las parteras y amas de crianza. Me detengo en ellas también porque desde estos relatos se van construyendo una serie de imágenes en la pintura y la escultura que serán luego de gran importancia para aquellos poetas y narradores cuya ‘imaginación pictórica’ se manifestó con mayor o menor intensidad en su escritura. Mi recorrido me lleva entonces a una serie de testimonios del medioevo, culminando en *La Celestina*, en la medida en que, según Ryan D. Giles, “in her capacity as a midwife and purported witch, Celestina draws on the supposed material potency of a textual amulet, along with a fetishized cord and thread — suggestive of objects used to measure devotional statues and contact relics at shrines, and apotropaically wrapped around the bodies of women as they gave birth”.⁹ Los testimonios que recojo de los dos siglos siguientes conviven con tratados y manuales escritos por médicos, dando lugar, como discuto en estas páginas, a un diálogo con ciertas formas de ficción que resultará en un curioso caso de préstamo e influencia: los manuales adoptarán estrategias discursivas de la literatura tanto como esta tomará prestados una serie de saberes a la hora de narrar sus escenas de procreación.

“Nacimientos” es el tercero y último de los capítulos de esta primera parte. Con las condiciones históricas ya demarcadas y con las pautas de las manifestaciones escritas de estos agentes ya bastante definidas, es entonces el momento de hablar sobre cómo se aborda el proceso de alumbramiento por los primeros humanistas cristianos en España. Es este, sostengo ahora, un doble nacimiento, pues nos encontramos en un momento histórico de profunda renovación e incertidumbre, una suerte de lienzo en blanco en el que verter nuevas apreciaciones sobre el orden social, incluyendo el de la familia y sus componentes cardinales. La construcción de la mujer virtuosa en los primeros cincuenta años del siglo XVI vendrá matizada por la influencia de Erasmo y otros pensadores del momento, y con ella una nueva forma de proyectar ciertas nociones de maternidad que incluirán el ‘arte del buen parto’ así como la correcta administración de la leche materna. La lactancia, de hecho, será un asunto de extraordinaria relevancia al hablar no solo de clase y género, sino también, sostengo en estas páginas, de pureza

9. *Inscribed Power: Amulets and Magic in Early Spanish Literature*. Toronto: University of Toronto Press, 2017, pp. 112-113.

étnica. Y al tiempo que se van cimentando estos principios, la prosa de esparcimiento irá ofreciendo una perspectiva muy distinta en donde el ideal de maternidad, como discuto a través de la prosa de Juan de Timoneda, quedará continuamente amenazado desde la fantasía y el pacto de verosimilitud que la cuentística de mediados de siglo hace con el lector. Convivirán así en estas décadas el proyecto luisiano de la ‘perfecta casada’ con las ‘casadas sufrientes’ de la narrativa corta que dan lugar, como indico en el epígrafe, a una infancia extraviada: niños que se pierden, que se canjean o que se desplazan lejos de sus familias como reflejo poético también de la fragilidad e incertidumbre que define el propio concepto; niños que, desde esos mismos desplazamientos a nuevos contextos sociales, simbolizan el trayecto que realiza el propio género de la narrativa corta, importando temas y motivos extranjeros para un nuevo público lector. Esta suerte de ‘infancia literaria’ aportará una versión muy diferente, pero no menos estimulante a la hora de reflexionar sobre conceptos en constante evolución como los de decoro, honra y muerte, y que culminará en el siglo siguiente con las tragedias de honor calderonianas y los partos monstruosos del último Barroco.

La segunda parte del libro se centra en cómo las figuras de la partera y la nodriza se van poco a poco metaforizando. La mediación se convierte así no solo en un tema literario al hablar de partos y parturientas, de padres e infantes, o de los diversos momentos de la maternidad, sino que también deviene una preocupación constante en todos aquellos involucrados en el proceso de creación. Dedico entonces dos capítulos —capítulos-bisagra que en sí mismos capturan un particular proceso de alumbramiento— a los dos medios culturales de diseminación colectiva más relevantes del momento, la imprenta y el escenario de los corrales y coliseos, con el fin de demostrar cómo estos dos actos de manipulación dialogan con las formas literarias *a modo de comadronas*, de mediadoras que determinan el producto final que llega a la audiencia o al lector ya notablemente transformado. El sentido del tacto y la actividad nociva de la mano se constituirán en los motores de este deslizamiento de lo literal a lo figurado.

El primero de estos dos capítulos hace una incursión muy breve en textos dramáticos en un recorrido que, como vamos viendo, se ocupa fundamentalmente de la prosa áurea.

Sabemos ya que el autógrafo que de los *poetas* áureos recibían los responsables de llevarlo a las tablas sufría toda una serie de transfor-

maciones hasta hacerlo, en ocasiones, irreconocible para quien lo había firmado. Las quejas de los comediógrafos, empezando por las archiconocidas de Lope de Vega en las dedicatorias a piezas como *Santiago el verde* o *El domine Lucas*, se valieron de una imaginería reproductiva en donde los agentes mediadores iban a ser el objeto de censura: la pieza volvía a su dueño como un veterano de guerra, irreconocible en sus cicatrices y amputaciones. El cuerpo textual era moldeado por adaptadores y actores en la representación dramática, creando efectos sorprendentes y no siempre bien recibidos; este era el precio que había que pagar para probar las mieles del triunfo más inmediato, el que proporcionaba la representación en corrales y coliseos. La musa creativa experimentaba así un proceso análogo al de la parturienta, que tenía en la comadrona un agente mediador destinado a garantizar que el neonato llegase a buen puerto a través de prácticas que incluían la manipulación de su fisonomía. Si la puesta en escena era entonces una suerte de complejo alumbramiento, ¿qué nos dice del proceso creador la representación de un parto, en donde los agentes mediadores eran con frecuencia retratados de forma negativa, si bien no exentos de gran influencia en el desarrollo de la acción? Las parteras como mediadoras que aparecen en los escenarios áureos siguen siendo un fenómeno que no ha sido tratado por la crítica, y sin embargo su presencia nos permite trasladar el examen crítico a un plano metatextual. Propongo en este capítulo, al que titulo “Dramatizaciones”, una lectura del parto escénico como alegoría de la propia naturaleza del acto dramático, como la manera más precisa de retratar la transitoriedad e irreversibilidad de este género cuya inmediatez sirvió para encumbrar o condenar a aquellos que lo alumbraron, tanto desde un punto de vista literal como figurado.

Frente al teatro, la prosa genera una serie de preguntas diferentes. La novela corta, sabemos ya, disfrutó de un éxito sin precedentes en el siglo XVII, ya fuera publicada de forma autónoma o en una colección. Aunque con frecuencia examinó diferentes variaciones de temas clásicos, como el honor, el ocio o la amistad, es cierto que también se adentró en asuntos tocantes en la procreación y la crianza como fueron el incesto, la violación, la pederastia e incluso el bestialismo. La crítica, que ha abordado su trayectoria desde Miguel de Cervantes a Francisco Santos, ha evitado, por lo general, detenerse en estos temas. El incesto, en concreto, presenta una fascinante paradoja: su tratamiento

en el teatro de la época, usualmente inspirado en mitos y folklore, ha sido ampliamente estudiado, mientras que su presencia en la narrativa áurea, liberada de estas tradiciones y más conectada a los problemas de su tiempo, continúa fundamentalmente inexplorada. Partiendo de parámetros históricos como los decretos en torno al matrimonio del Concilio de Trento, así como de ciertos debates contemporáneos provenientes de las ciencias sociales y los estudios literarios, examino en “Impresiones” una selección de novelas cortas publicadas en diferentes momentos del siglo que novelizaron este tabú. Más que como historias de exceso barroco, la construcción narrativa del incesto debe leerse como una fértil táctica a través de la cual el género se acercó a la historia nacional, a las expectativas sociales, a la ley civil y canónica y al control institucional de su momento. Esta construcción fue además fundamental a la hora de imaginar nuevas formas de procreación, en donde la celebración del parto, resultante de una relación prohibida, debía acudir al secreto de la naturaleza —una naturaleza muda y al mismo tiempo elocuente— que garantizara la supervivencia del neonato. Teatro y novela se vieron entonces sometidos a numerosos procesos de manipulación hasta hacerse, en ocasiones, irreconocibles; pero si la *comedia nueva* se entendía, en cierta forma, como un ejercicio de mediación, la novela del incesto veía la luz como un delicado juego en donde las estrategias mediadoras que hacían posible su lectura, verbalizadas frecuentemente en tropos biológicos y reproductivos, contrastaban con la supresión de toda injerencia en la historia narrada. O, dicho de otra forma: la ironía subyacente para los escritores examinados aquí era que, para poder revelar una relación íntima prohibida, tenían que insertarse ellos mismos de manera estratégica en un complejo juego de relaciones endogámicas. Tanto los testimonios autobiográficos de su momento como la ecdótica moderna lo han detallado con meridiana claridad: ambos productos, teatro y novela, *se parteaban* con mayor o menor complejidad, pero dando lugar a un neonato diferente.

Si la primera parte abonaba el terreno con una serie de ideales (feminidad, domesticidad, maternidad, embarazo, lactancia) que luego iban a cultivarse en la segunda parte desde la práctica, la tercera parte del libro da cuenta de cómo la narrativa del barroco intentó conciliar tanto estas nuevas coyunturas en torno a la familia y al linaje como la resistente presencia de parteras y nodrizas como agentes sociales

indispensables. Los tres ejemplos que examino articulan un trayecto crítico paralelo a la maduración de la novela, desde el afán experimentador de Cervantes con esta nueva criatura abriéndose en su mesa de trucos hasta la escritura exhausta de Francisco Santos, que medio siglo después narrará el momento de la procreación de forma ya muy distinta.

Cervantes fue un escritor atento a los retos de la infancia, y en más de una ocasión construyó episodios o historias completas en torno a la figura del niño. Al mismo tiempo, el fenómeno del alumbramiento le sirvió no sólo como metáfora biológica, sino también para reflexionar sobre el acto de la creación estética. Fue en su colección de *Novelas ejemplares* donde mejor y con más profundidad plasmó el momento del nacimiento y los primeros compases de la vida del neonato, examinando el sentimiento de maravilla (*La gitanilla*), violencia (*La ilustre fregona*), misterio (*El coloquio de los perros*), desamparo (*La fuerza de la sangre*) y confusión (*La señora Cornelia*) de y hacia la madre, que muchas veces quedaba desplazada del centro de la trama. *La señora Cornelia* es especialmente relevante para esta musa encinta, pues organiza la acción narrativa en torno al momento inmediatamente posterior al parto, dando lugar a una suerte de ‘maternidad interrumpida’. Es esta una novela que ha sido vista como inferior a sus pares, precisamente por todas las mediaciones e interrupciones que complican la historia sin apenas dar tregua, desorientando al lector. Pero esos mismos mecanismos narrativos, sostengo en este capítulo, nos invitan a resituar la ejemplaridad de la pieza no ya en la conducta de los protagonistas españoles en tierras italianas, cuya mediación resulta cuanto menos cuestionable, sino en un plano de lectura diferente en donde la comunicación pierde, en este caso concreto, su carácter resolutivo y conciliador. La interrupción en forma de mediación apunta entonces a una suerte de cacofonía en donde el silencio de la madre frustrada, de la nodriza silenciada y del neonato manipulado emergen como las voces capaces de dotar a la historia de una claridad no ofuscada por los códigos postizos de honor que encarnan los cuatro caballeros. La condición ética de la comunicación no se halla en la conducta aparentemente virtuosa de los españoles, sino en los personajes sin voz que actúan por y para el bien del otro. El silencio resultante de esta maternidad interrumpida nos lleva entonces a una experiencia de lo real que resulta muy cervantina, en donde el

ruido del lenguaje impostado no es capaz una vez más de resolver la dialéctica barroca de la realidad frente a lo ilusorio, que no hace sino alimentar.

Don Diego de noche se considera una de las novelas de ambientación madrileña más importantes del reinado de Felipe IV. En ella, su autor, Alonso Jerónimo de Salas Barbadillo (1581-1635), vierte muchas de sus inquietudes literarias y personales, acompañadas de ecos biográficos que se desdobl原因 en la pareja central de Marcelo ('ayo' prudente) y su pupilo don Diego, encarnación del joven disoluto sin ocupación alguna que vive en el anhelo permanente de estímulos externos. La pieza es de una complejidad notable en la medida en que recoge discursos procedentes de diversas tradiciones —clásicos, folklóricos, historiográficos, legales, poéticos—, producto del excelente bagaje cultural de un escritor que los integra en un hilo narrativo en donde Madrid se erige como el verdadero protagonista. La novela está dividida en nueve aventuras, nueve vidas de ese 'gato' curioso en donde se intercalan también otras piezas menores como un Parnaso, poesías varias de mérito desigual y una excelente colección de epístolas fiscalizadoras que dan cuenta de la mejor veta satírica de Salas. La curiosidad, de hecho, es el motor que mueve la trama, pues conduce al protagonista a los lugares más inesperados, en los que se las tiene que apañar para salir indemne. En la séptima aventura —quizá la que logra combinar con mayor maestría muchas de las predilecciones temáticas y ambientales del madrileño— Salas recrea un parto clandestino. La escena resulta tan inusual como fascinante en la medida en que reconstruye toda una estructura profesional de agentes femeninos que facilitaban el proceso de dar a luz en la España de los siglos XVI y XVII. Lo verdaderamente significativo, sin embargo, es la puesta en escena del momento transitorio que va desde el ámbito privado y exclusivo de un cuerpo femenino como el aquí presentado a la asignación de un nuevo espacio en donde el control corresponde al universo patriarcal, pues es el padre quien administra ahora el cuidado de su descendencia: la doncella, en esta novela de caballeros en donde las mujeres apenas tienen presencia, es simplemente un vehículo sin rostro cuyo cuerpo debe ser 'reparado' de sus accidentes para poder así continuar su cometido. Lo que en principio parecía ser una aventura en torno al espacio doméstico de don Diego y su ajuar casero, acaba siendo una reflexión sobre la importancia del seno femenino que da vida y que, en última instancia,

garantiza el orden familiar, aunque sea *desde fuera*. La leche es ahora el bien comercial máspreciado, y el que mueve los hilos de la trama.

Poco se sabe de la vida de Francisco Santos más allá de lo que el autor mismo nos ha dejado en su obra poética y, especialmente, en su producción narrativa, ya sea en forma de noticias en los preliminares de los textos, ya sea en breves comentarios esparcidos por las ficciones con las que deleitó a sus contemporáneos.¹⁰ Gracias a la documentación original descubierta por Milagros Navarro Pérez hace ya más de cuatro décadas, sabemos que fue bautizado en la parroquia de San Ginés el 20 de octubre de 1623. De origen humilde y sin estudios universitarios que se le conozcan,¹¹ Santos creció cerca del Campillo de la Manuela, en el castizo barrio de Lavapiés, perteneciente a la parroquia de San Sebastián, con la que siempre se sintió muy identificado. En la dedicatoria a Juan Díaz Rodero de su obra *La tarasca de parto en el mesón del infierno* (1672) el escritor lamentaba, valiéndose de una imaginaria no muy lejana de la del Cervantes soldado, “mi naturaleza y mi estrella, tan parecida en todo, que lo corto lo heredamos de la fortuna que siempre me asiste, a quien yo mismo contemplo pobre, tullida y sin brazos”.¹² Y lo cierto es que esta parece haber sido la tónica general durante toda su existencia: pobreza, dificultades y enfermedad, que sin duda marcaron el tono de mucha de su obra narrativa, tan severa y crítica como amarga y desesperanzada. A partir de esta coyuntura vital el madrileño va a construir una serie de retratos de la maternidad, tanto desde la perspectiva del cronista social que identifica los desafíos a los que se enfrentan parteras y nodrizas (en *Día y noche de Madrid*) como desde la visión alegorizada del parto múltiple que inunda la ciudad de nuevas realidades (en *La tarasca de parto en el mesón del infierno*). En ambos casos, la construcción de un Madrid decadente y corrupto revela el agotamiento de la novela como género tanto como el momento histórico en el que se sitúa.

10. El trabajo más importante hasta el momento sigue siendo el de Milagros Navarro Pérez, *Francisco Santos, un costumbrista del siglo XVII*. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1975; para un acercamiento más detallado a su vida, véanse las páginas ix-lxxiii de dicho estudio.

11. En ‘A quien leyere’, en esta misma novela, Santos escribe que “que sin haber estudiado doy un libro a los ojos del mundo” y que “ya sé que sé poco”.

12. *La tarasca de parto en el mesón del infierno*. Madrid: Domingo García Morrás, 1672, fol. 10r. Cito a partir de aquí por esta edición.

Desde este ángulo se percibe, en la selección de piezas de esta tercera parte, un retrato de estos agentes médicos muy diferente ya de sus hermanas renacentistas. La infancia, adolescencia y madurez de la novela atestiguan también un variado abanico de posturas frente a la práctica obstétrica y sus agentes, retratados en ocasiones con benevolencia. Cervantes, Salas y Santos nos ofrecen una lectura humanizada y compasiva de parteras y nodrizas, cuya conducta desde la oscuridad y el silencio no hace sino revelar tanto la incompetencia de las estructuras patriarcales en donde se sitúan como su utilidad esencial e insustituible. Sin las mañas de la partera y la abnegación de la nodriza, podría decirse, la historia de la novela barroca se habría privado de algunas de sus tramas más logradas. La novela habría sido, en otras palabras, un ejercicio insuficiente.

Signos vitales es la primera monografía académica centrada en examinar desde esta perspectiva las tensiones surgidas en la ficcionalización de la maternidad y el nacimiento en la España de los Siglos de Oro. Al tiempo que explora el impacto en la ficción de una serie de tipos sociales de los que poco se había escrito, busca también estimular nuevas conversaciones en un campo que en ocasiones se resiste al cambio. Pone en contacto dos discursos que conversaron hace cuatrocientos años mucho más activamente de lo que lo hacen hoy, en un intento por iluminar nuevas formas de análisis tanto para *siglodeoristas* como para historiadores de la medicina. Los ingenios áureos fueron, después de todo, muy dados a hablar de los rigores de la paternidad al reflexionar sobre sus propias creaciones, siendo *Don Quijote* —hijastro cervantino— su más ilustre ejemplo. Estos rigores, así como las diferentes controversias que alimentan hoy en día la competencia de espacios (la casa frente al hospital) al conjeturar cuál permite un ‘mejor parto’, nos revelan cómo los debates a los que se enfrentaban los ingenios áureos no eran particularmente distintos.¹³

13. Me valdré en este libro de los términos *partera* (o *comadre* o *comadrona*) y *nodriza* (o *ama de leche*) en su acepción moderna para marcar una distinción que en su momento no existía con nitidez. El origen de los términos *comadre*, *madrina* y *ama* revela el frecuente intercambio entre ellos y con la palabra *madre*. Así se dio ya en los tratadistas del momento: Damián Carbón anunció esta libertad en

Los últimos años han presenciado fascinantes avances en el estudio de la historia de la ciencia en España; es el momento, entonces, de establecer nuevas conexiones, de tomarle una vez más el pulso a la disciplina, de situarla en nuevos parámetros en donde identificar nuevos signos vitales.

A lo largo de la década que ha transcurrido en la escritura de este libro, he tenido la oportunidad de presentar algunas de sus secciones en forma de conferencia. Me siento sumamente agradecido a mis colegas Jorge Aladro (University of California, Santa Cruz), Matthew Ancell (Brigham Young University), Marina S. Brownlee (Princeton University), Barbara Fuchs (UCLA), Ryan Giles y Steven Wagschal (Indiana University), Catherine V. Infante (Amherst College), María Luz López Terrada (Consejo Superior de Investigaciones Científicas), Peggy McCracken (Institute for the Humanities, University of Michigan), Joel Rini (University of Virginia), John Slater (University of California, Davis), Juan Luis Suárez (Western University) e Ivonne del Valle (University of California, Berkeley). El diálogo con Mercedes Alcalá-Galán, Frederick de Armas, Emilie Bergmann, Julia Domínguez, Nicolás Fernández-Medina, Jorge García López, Juan Pablo Gil-Oslé, Carmen Hsu, Javier Huerta, Steven Hutchinson, Hilaire Kallendorf, Claudia Mesa, Evangelina Rodríguez Cuadros, Fernando

el capítulo segundo del primer libro de su *Libro del arte de las comadres*, donde escribió “preñada/parida/o paridera” y “comadre/o partera” (fol. xi); y Francisco Núñez de Oria alternó *comadre* con *partera* en su tratado *Libro del parto humano*. La comadre castellana y su equivalente en catalán (*comare*), se alternaban con *madrina*, que era tanto la mujer que recibía el neonato al nacer como la que lo hacía en su bautismo, si bien la comadre aparecía mencionada en textos medievales y renacentistas, como veremos, en condición de amiga o confidente. El término *ama* o *nodriza* proviene de la misma raíz latina que dio lugar a la ‘señora de la casa’, madre o esposa, según indica Montserrat Cabré, quien ofrece evidencia documental de que estos términos fueron intercambiables en el Aragón tardomedieval. Una de las mujeres cuya vida documenta en su trabajo, María de Fuentes, fue definida como ‘partera o nodriza’, evidenciando que estas empleadas no construían sus carreras como los hombres, sino que se movían de actividad en actividad según fuera necesario. Véase Montserrat Cabré, “Women or Healers? Household Practices and the Categories of Health Care in Late Medieval Iberia”. *Bulletin of the History of Medicine* 82. 1 (2008): 18-51 (pp. 33-34).

Rodríguez Mansilla, Nieves Romero-Díaz, Veronika Ryjik, Antonio Sánchez Jiménez, Michael Solomon, Julio Vélez-Sainz y, en especial, Luciano García Lorenzo sirvió para mejorar la calidad de sus contenidos.¹⁴ Con todos ellos me siento en deuda, y a todos ellos va dedicado el libro.

14. Una versión reducida del capítulo sexto apareció en inglés como “Printing Families: Incest and the Rise of the Novel in Early Modern Spain”. *Arte Nuevo. Revista de Estudios Áureos* 7 (2020): 71-102. Algunos asuntos presentes en los capítulos sobre Salas Barbadillo y Santos fueron ya formulados en mis ediciones críticas publicadas en Cátedra, así como en “Motherhood Interrupted: Sensing Birth in Early Modern Spain”. *Beyond Sight: Engaging the Senses in Iberian Literatures and Cultures, 1200-1750*. Steven Wagschal y Ryan D. Giles, eds. Toronto: University of Toronto Press, 2018, pp. 284-301; “‘Hasta los pechos se alquilan’: política de la lactancia en *Don Diego de noche* (1623) de Salas Barbadillo”. Christopher B. Weimer et alia, eds. *Los cielos se agotaron de prodigios: Essays in Honor of Frederick A. de Armas*. Newark: Juan de la Cuesta, 2018, pp. 203-214; y “‘Offspring of the Mind’: Childbirth and its Perils in Early Modern Spanish Literature”. *Medical Cultures of the Early Modern Spanish Empire*. Marialuz López Terrada, John Slater y José Pardo-Tomás, eds. Aldershot: Ashgate, 2014, pp. 149-166. Agradezco a los editores la posibilidad de reproducir aquí algunas ideas.